

2/04/2018

UNAS PALABRAS DE ÁNIMO

Isaías 43: 1-6

Cuentan el hecho de que, en determinada ocasión, un sabio maestro oriental se dirigía a una audiencia dando valiosas lecciones sobre el poder sagrado de la palabra y el influjo que ésta ejerce en nuestra vida y en la de los demás. –« Lo que usted dice no tiene ningún valor», le interrumpió un individuo que se encontraba en el auditorio. El maestro lo escuchó con mucha atención y tan pronto terminó la frase, le gritó con fuerza: –«¡ Calla y siéntate, ignorante!». Ante el asombro de la gente, la otra persona se llenó de furia, soltó varias maldiciones y, cuando estaba fuera de sí, el maestro alzó la voz y le gritó: –«¡ Perdone caballero, perdóneme, por favor! Lo he ofendido y le pido perdón. Acepte mis sinceras excusas y sepa que respeto su opinión, aunque estemos en desacuerdo». El señor se calmó y dijo al maestro: –« Lo entiendo, y también le presento mis excusas y acepto que la diferencia de opiniones no debe servir para pelear, sino para mirar otras opciones. El maestro le sonrió y le dijo: –« Perdone usted que haya sido de esta manera, pero así hemos visto todos de la forma más clara el gran poder de las palabras. Las palabras no se las lleva el viento, sino que dejan huella; tienen gran poder e influyen positiva o negativamente. Las palabras curan o hieren a una persona. Pensemos en esto y cuidemos nuestros pensamientos porque ellos se convierten en palabras; y cuidemos las palabras porque ellas marcan nuestro destino. Pidamos a Dios sabiduría para saber cuándo y cómo hay que comunicarse y cuándo el silencio es el mejor regalo para ti y los que amas. Eres sabio si sabes cuándo hablar y cuándo callar. Recordemos que las palabras tienen poder y que el viento, contrariamente a lo que se cree, nunca se las lleva. Recuerda: «Una cometa se puede recoger después de echarla a volar, pero las palabras jamás se podrán recoger una vez que han salido de nuestra boca».

Regularmente me gusta predicar lo que en homilética, que en términos sencillos significa la forma de hacer sermones, o cómo hacer los sermones, se conoce como sermones expositivos. Es decir, en un pasaje Bíblico que se predica, se expone versículo por versículo para explicar su significado y encontrar una aplicación práctica para el diario vivir. Pero hoy quiero predicar algo que parece más bien un mensaje testimonial, pero con un mensaje Bíblico, es decir, con un fundamento Bíblico, que espero que le haga reflexionar y que sea de gran bendición para usted como lo ha sido para mí.

Todas las personas que estamos en una posición de liderazgo o de autoridad siempre estamos expuestos al examen y a la crítica de otros. Algunos no están de acuerdo o no les gusta la forma en que hacemos las cosas y se sienten con el derecho a criticar porque dicen estar ejerciendo su derecho y la libertad de expresar su opinión, con lo cual no tendríamos problema. Donde sí hay problema es cuando esa crítica es movida por el enojo y no por el deseo de mejorar las cosas; entonces esa crítica puede ser de lo más cruel y grosera, y puede lastimar y marcar a una persona.

Otro problema todavía mayor está cuando esa crítica cruel, despiadada y lastimera no se dice enfrente de la persona involucrada, sino que es comunicada a otras personas, lo cual es una cobardía. Esa crítica se empieza entonces a correr por todas partes contaminando todo a su paso y puede terminar por destruir una persona, una familia, un trabajo o un ministerio. Muchas veces no medimos el impacto de las palabras hasta que vemos las consecuencias de lo que hicimos. Esta situación se vuelve todavía más dramática cuando viene de personas que se dicen creyentes del Señor Jesucristo. Y esto puede suceder porque no han sido discipulados o no se han dejado discipular, porque un discípulo actuaría de otra forma; un discípulo sabría que la Palabra de Dios nos manda a llevar palabras de bendición y que aun cuando exhortamos lo hacemos con paciencia y amor. Es decir, si no tenemos nada bueno qué decir de alguien, particularmente de un hermano en Cristo, entonces mejor no digamos nada malo tampoco.

Estas personas regularmente manipulan el Nombre de Cristo para justificar sus críticas despiadadas y carentes de amor. No buscan que se hagan mejor las cosas para Cristo sino que buscan que se haga como ellos quieren. Algunas personas saben sortear este tipo de críticas y parece que no les afecta, o por lo menos eso tratan de aparentar, lo cual es malo, porque no es bueno guardar las cosas en el corazón; pero existen otras que son muy sensibles y lo reflejan aunque traten de ocultarlo; se les nota, aunque digan que no. El hecho es que las palabras tienen poder para bendecir o para lastimar. Santiago dice, hablando de la lengua: *“Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?”* (Stg. 3: 9-11). Santiago, como los demás escritores Bíblicos del N.T., le están escribiendo a creyentes. En el caso de Santiago, le escribe a creyentes que tal vez puedan ser muy

religiosos, pero que están muy lejos de mostrar el amor de Cristo en sus vidas y que son un pésimo testimonio para aquellas personas que no conocen todavía del Señor.

Aunque muchos ya estamos acostumbrados a la crítica y a las palabras crueles, estoy seguro que es algo que nadie desea y no por estar acostumbrados deja de doler. Esta semana yo pasé por algo así; hubieron algunas personas que estuvieron hablando muy mal de mí (de mi persona y de mi ministerio, pero también han hablado mal de mi familia). Y yo soy de esas personas que son sensibles, no a la crítica que busca edificar, sino a las palabras que lastiman y ofenden. Pero sea que a usted le afecten o no las palabras hirientes y destructivas, estará de acuerdo conmigo en que nadie las quiere en su vida; y sin embargo, en algún momento llegarán y llegarán por boca de alguien que se dice su hermano y que alaba al Señor junto con usted. ¿Qué hacer en estos casos? ¿Les respondemos como “se merecen”? Como siempre, la Palabra de Dios nos da la respuesta, como por ejemplo en el relato del día de hoy.

Israel, el pueblo elegido de Dios, no andaba por buenos caminos y se habían alejado del Señor. Alejarse del Señor nos hace débiles y vulnerables para ser atacados por el pecado. Tanto el Reino del Norte de Israel, como el Reino del Sur de Judá, serían atacados por sus enemigos en formas crueles y despiadadas; serían humillados como nunca antes y serían despojados de todo lo que tenían. Israel sería atacado por Asiria y Judá por Babilonia; y para llegar a ellos, los enemigos destrozarían por completo todo lo que se atravesaba en su camino (tierras, campos, bosques, animales y, por supuesto, personas). Parece que todo está perdido para ellos, pero el Señor quiere que se vuelvan a Él porque Él todavía los ama con amor eterno (*Jer. 31:3*).

Es entonces, cuando están más humillados y llenos de dolor, que el Señor les da estas palabras de consuelo; palabras de ánimo con grandes promesas. Lo único que tienen que hacer es arrepentirse buscarlo y refugiarse en Él. El Señor los anima diciéndoles que Él es su Creador y Formador, entonces no deben de temer nada; son propiedad de Dios (v.1) y créame, Dios es un celoso cuidador de lo que es Suyo. Si lo buscan y se refugian en Él, entonces Él estaría con ellos en todo tiempo; no necesariamente los libraría del peligro, pero los libraría en el peligro (v.2), como en alguna ocasión hizo con aquellos jóvenes de Ananías, Misael, Azarías y Daniel y como muchas veces hizo con David y con otros tantos

héroes de la fe. Después les dice el por qué lo haría: porque Él es el Dios de ellos, enfatizando que es el Único Dios, es decir, no tienen que buscar refugio ni consuelo en nadie más; Él es el Salvador de su pueblo; el que los rescata del peligro (v.3). O Judá o Egipto debían de perecer; Asiria iba por ellos, pero Dios hace que Asiria desvíe la atención de Judá para irse sobre Egipto. También lo hizo desviando la atención de los asirios de Judá para irse sobre Etiopía y Seba. Es decir, entregó esas tres naciones a Asiria como rescate por Judá. Dios personalmente pagó el rescate por ellos. Pero dice más. Él hace todo esto porque:

“Ya que eres precioso a Mis ojos, digno de honra, y Yo te amo. Entregaré a otros hombres en lugar tuyo, y a otros pueblos por tu vida”(v.4 NBLAH).

A pesar de todo lo que habían hecho, Dios los ve todavía con ojos de amor; son preciosos, valiosos para Él, dignos de honra, es decir, muy importantes para Él. Sí, Dios es Santo y Justo, intolerante al pecado, pero aún así, siempre lo mueve el amor (Jn. 3:16-17). Por ese amor, Dios está dispuesto sacrificar lo que sea, a tal grado que no escatimó ni a su propio Hijo (Ro. 8: 32), para rescatarnos a usted y a mí del pecado y de la condenación eterna.

“No temas, porque yo estoy contigo; del oriente traeré tu generación, y del occidente te recogeré. Diré al norte: Da acá; y al sur: No detengas; trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra”(vv.5-6).

En ese momento de la historia, Israel y Judá estarían esparcidos, es decir, regados por todas partes; Israel en todas partes del Imperio de Asiria y Judá en Babilonia. Pero Dios los hará que vuelvan a Él nuevamente. Los va a traer a su tierra, a Judá (incluso hombres y mujeres piadosos del Reino del Norte de Israel vendrían a Judá). Dios, hablando a través del Profeta Oseas dice: *“Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor...”* (Os. 11: 4). El Señor Jesús dijo: *“Y Yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a Mí mismo”(Jn. 12: 32).* Con su amor, y por amor, Dios nos reúne con Él.

Dios dice aquí dos cosas que me parecen sumamente importantes. En primer lugar, los anima para que, a pesar de lo que vean, no teman; Dios va a estar con ellos todo el tiempo. Esto les debe dar mucha seguridad y fuerza. En segundo lugar, los llama para que, por lo mismo, sabiendo que Dios está con ellos a pesar de lo que vean, sigan adelante y no se detengan, es decir, no se desanimen y sigan buscando de Él, que

quieran buscar refugio en Él sin que las circunstancias difíciles y dolorosas se los impidan.

Conclusión.

Lo que el Señor hizo con su pueblo se le llama “palabras de afirmación”. Estas son palabras que llegan en el momento justo de una crisis, de tristeza, de dolor o de un desánimo en la vida de una persona y que ayudan a esa persona a no caer, a mantenerse firme, de pie. Por eso, debemos tener mucho cuidado con las palabras que usamos. Tenemos que estar conscientes que pueden construir, pero también pueden destruir; pueden levantar, pero también pueden tumbar; pueden llenarnos de ánimo, pero también pueden llevar a una profunda depresión; pueden sanar, pero también pueden herir; como dice Santiago, pueden ser de bendición, pero también pueden ser de maldición (*Stg. 3:9-11*). Las palabras reflejan lo que hay en nuestro corazón. Si en nuestro corazón hay frustración, enojo, envidia, desánimo, tristeza, angustia, eso mismo van a reflejar a los demás.

Y si usted, como yo, es una persona sensible a las palabras de rechazo, de división, de odio o de rencor; sépase que no tiene que caer en lo que esa persona intencional o inintencionalmente quiere que caiga. La solución no está en darle crédito a esas palabras negativas o en negar que le han lastimado cuando usted sabe que sí le han lastimado; tampoco está en responderle de la misma manera a la persona que habla mal de usted. Pero lo que sí debemos de hacer es buscar refugio en el Señor, buscarlo en oración, decirle cuán sensibles somos a los comentarios negativos que injustamente se propagan por allí por parte de una persona enferma del alma que no mide las consecuencias de sus palabras.

Dios siempre tiene una palabra de ánimo para usted. En mi testimonio, cuando más triste estaba porque gente a la que nunca le he hecho ningún daño se sintió con el derecho de hablar mal de mí de una manera cobarde porque no son capaces de decirlo en la cara de uno sino que lo propagan como un virus por todas partes, busqué al Señor en oración, le abrí mi corazón y le pedí que a diario me diga lo mucho que me ama, que me recuerde siempre cuán importante y valioso soy para Él, que me recuerde que siempre estará conmigo porque Él es mi Rescatador y mi Salvador; que me afirme, que me mantenga de pie, quitando de mí todo temor y que me impulse a seguir adelante, sirviéndole y alabándole en todo momento, en los buenos y en los malos. Le abrí mi corazón y le dije

que Él sabe bien que soy muy sensible a las palabras que hieren y lastiman. No le pedí que las quitara de mí o que me hiciera ignorarlas simplemente; le pedí que me diera fortaleza con palabras que me afirmen en Él; con palabras que fortalezcan mi espíritu, con palabras que me hagan saber que yo soy un hijo de Él y que no tengo nada que temer.

Pero también le pedí que quitara de mí el enojo y el deseo de responder de la misma manera y que, en lugar de aquello, me diera palabras para animar y bendecir a otros y por eso es que escribí este sermón.

Cuando le quieran hacer sentir como cucaracha, cuando hablen mal de usted y quieran dañarle a usted, o a su familia, su trabajo o su ministerio, recuerde que Dios tiene la Palabra que lo va a afirmar, que lo va a motivar, que lo va a bendecir, que lo va a fortalecer y que le van a hacer sentir todo el amor de su Creador y que le van a estar firme en la seguridad de lo importante y valioso que es para Él, para que usted no tenga miedo y no se detenga en seguir adelante. Le aseguro, que las palabras de Dios son más poderosas que las del hombre. Si Dios lo ama, qué importa que gente lo odie; si Dios habla bien de usted, qué importa que gente piense o hable mal de usted. Con Dios lo tiene todo y sin Dios no tiene nada y no es nada.

Siempre recuerde las palabras del Apóstol Pablo: “...*Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? (Ro. 8:31)*, y recuerde las palabras del rey David: “*Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?*” (Sal. 27:1). Dios le ama, tal vez nunca comprendamos cuánto nos ama y nos afirma en Él cada día si lo buscamos. Eso debe ser más que suficiente para estar tranquilo, en paz y ser feliz. Amén...Vamos a orar.